Claves para las elecciones presidenciales en América Latina

Rosa de la Fuente

En un calendario muy apretado, el panorama político latinoamericano podrá modificarse sustancialmente en el próximo año. Esta posibilidad plantea algunas incógnitas interesantes, que a continuación mostramos y que tendrían sentido analizar en detalle a medida que se sucedan los procesos electorales, no sólo en relación con los procesos coyunturales de cada país, sino en función de la importancia que pueden representar como procesos interrelacionados en la región.

Vertiginosamente, ya desde finales del 2005 se sucederán elecciones presidenciales, primero en Honduras (noviembre) y en Chile (diciembre), y posteriormente, en el año 2006, los candidatos presidenciables se disputarán sus puestos en Costa Rica (febrero–abril), Perú (abril), Colombia (mayo), México (julio) y finalmente en Nicaragua (noviembre). Mención aparte, desde luego, merecerán los procesos electorales adelantados en Ecuador y en Bolivia (si finalmente se llevan a cabo), que deberán intentar enmendar las crisis institucionales que han supuesto la salida de la presidencia del coronel Lucio Gutiérrez y de González Sánchez de Lozada, respectivamente[1].

Una primera incógnita, que se presenta ante este apretado calendario, podría centrarse en torno a si en la región se consolidará la tendencia reciente del viraje político hacia la izquierda, que en los últimos años se ha ido produciendo en la región. Con esta tendencia nos estamos refiriendo al ascenso presidencial de candidatos de partidos o coa-

[1] *En Ecuador, desde el derrocamiento popular de Abdalá Bucaram, en 1997, se han sucedido nueve presidentes. En esta línea, en abril de 2005, el presidente Lucio Gutiérrez fue destituido por el Congreso, tras una crisis que se desató ante una polémica reforma para elegir los miembros de la Corte Suprema de Justicia, que anulaba los juicios a los expresidentes Abdalá Bucaram y Gustavo Noboa. En Bolivia se han convocado elecciones presidenciales anticipadas para el próximo diciembre, tras el derrocamiento popular del presidente González a consecuencia de la o debido a las presiones tras la paralización del país por la aprobación de una polémica Ley de Hidrocarburos que llevó a la destitución del presidente González. Además, parece cada vez más evidente que se celebrará, consiga o no el respaldo institucional, un referéndum en torno a la posibilidad del ejercicio de la autonomía regional en la provincia de Santa Cruz.*

liciones de izquierda reformista tradicional, tal y como ocurrió en los casos de «Lula» da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina, en el año 2003, y ya en 2004, cuando Tabaré Vázquez, en Uruguay asumió la presidencia.

Una segunda incógnita, sin duda, está relacionada con la posibilidad de que accedan a la presidencia, candidatos que se caractericen por abusar de discursos políticos populistas y/o nacionalistas, estén ubicados en el espectro ideológico de la izquierda *justiciera* o en la derecha *ejemplarizante* desde el mundo empresarial. Sin duda, en otros períodos electorales, más allá de la diferencia radical de sus propuestas, candidatos como César Chávez, en Venezuela, Alejandro Toledo, en Perú, y Vicente Fox, en México, se beneficiaron políticamente de una coyuntura de altos niveles de desafección y descontento político, así como de la explotación de sus rasgos de independencia y pragmatismo político ajenos a las servidumbres, típicamente asociadas a las estructuras partidarias.

Por último, podríamos señalar otra incógnita relevante ante los futuros procesos electorales, que estaría relacionada con la capacidad de desestabilización o contestación que los movimientos sociales en la región pudieran protagonizar, dada su creciente importancia como actores políticos, diestros en derrocar e impulsar presidentes, cuestionar políticas y desautorizar moralmente a candidatos. En este sentido, los movimientos sociopolíticos antisistémicos, vinculados a las luchas etnonacionales, antineoliberales y en general antiglobalización, cuyas acciones políticas involucran a redes intercontinentales de organizaciones sociales transnacionales, han desarrollado una incuestionable capacidad de movilización social, con efectos paralizantes de la actividad política, fundamentalmente en Bolivia, Ecuador y, en menor medida, han cuestionando la legitimidad de las instituciones democráticas en México, Argentina, Brasil y Perú.

En torno a estas tres incógnitas podríamos ir hilando algunas posibles combinaciones de hechos y procesos relevantes, posibles hipótesis del futuro mapa electoral, aún con el riesgo que implica toda opción a futuro, y más en el ámbito político, teniendo en cuenta la gran heterogeneidad de los contextos locales en la región.

En principio, en la región confluyen dos procesos socioeconómicos relevantes en la coyuntura actual. Por un lado, cada vez es más incuestionable el fracaso de las recetas de ajuste estructural (apertura externa, privatizaciones y desestatización) para lograr una mejora generalizada de las condiciones de vida de la población y revertir

los efectos sumados de la década de los ochenta, conocida como «la década perdida», pero también de los dramáticos efectos de las reformas de los noventa. Por ello, cada vez más, las recomendaciones del crecimiento con equidad han ido diluyéndose, convirtiéndose en un objetivo inalcanzable. De hecho, en un contexto en el que si bien los índices macroeconómicos parecen recuperarse, aún en una incuestionable fragilidad, no se han introducido reformas relevantes en materia fiscal, control de la corrupción y fortalecimiento de la ciudadanía, más allá de las nuevas estrategias para incrementar la participación ciudadana, casi siempre vinculadas al ámbito local y urbano. En este contexto, los discursos populistas con soluciones radicales, que proponen erradicar fácilmente las causas que generaron la histórica brecha social, y –en menor medida– las promesas del retorno a las políticas del nacional–desarrollismo de los años sesenta, tienden a generar esperanza y apoyos sociales importantes, no sólo entre los estratos de población más depauperados sino también entre las clases medias urbanas, agobiadas por la percepción constante de la privación relativa y del riesgo cotidiano.

Por otro lado, en la coyuntura socioeconómica actual, no parece plausible que un nuevo proyecto económico sea capaz de erigirse en alternativa viable al mismo tiempo para el conjunto de los actores económicos –nacionales e internacionales– y para el electorado desconfiado de las políticas neoliberales, sobre todo en un contexto de creciente cuestionamiento de procesos y ejes de integración regional supranacional, que no acaban de consolidarse como actores independientes, perdiendo volumen de comercio y de profundización en los niveles de integración ante los avances del proyecto estadounidense de ampliar el eje Canadá–USA–México, en un área de libre comercio continental (ALCA). Además, no se puede olvidar que el problema de la deuda externa sigue siendo tan asfixiante como en décadas anteriores y que si bien una coyuntura favorable de los precios del petróleo puede permitir una cierta flexibilidad en las negociaciones con intermediarios financieros internacionales, sin duda, en general los márgenes son estrechos.

En este sentido, la renuencia programática a la aplicación de políticas económicas de inspiración neoliberal esgrimida por muchos candidatos de izquierda se tiende a limitar –por el momento– al logro de algunas condiciones ventajosas en negociaciones monetarias, como las logradas en el caso argentino, mientras en general la imposibilidad de modificar sustancialmente las directrices de política económica, una

vez que se accede al poder presidencial, genera un descrédito político progresivo de los presidentes y coaliciones en el gobierno, como en el caso de Brasil, y en el paradigmático caso de Ecuador, que además se están relacionando con casos de corrupción política.

En este sentido, habría que ir analizando esta cuestión en relación con los procesos electorales que se acercan. Por ejemplo, si nuevas políticas económicas, más o menos alternativas a las políticas neoliberales, en las presidencias de Kichner, Vázquez y Lula, obtuvieran respaldo en sus respectivas coyunturas legislativas y contextos socio–económicos, se generaría una confianza en estas medidas, que podría ser relevante para otros contextos. En este sentido, los candidatos de izquierda moderada en la región tendrían una mayor credibilidad y capacidad de atraer voto de izquierda y urbano, tradicionalmente fragmentado y volátil. Por ejemplo, en el caso chileno, un nuevo gobierno de la Concertación tendría más apoyos que un posible candidato conservador, pese a la creciente popularidad de la necesidad del cambio político, mientras que en un contexto parecido, en México, Andrés López Obrador, el todavía favorito en las encuestas y representante de una izquierda moderada y reformista, aunque con unos leves tintes nacionalistas y populistas, lograría asegurarse la ventaja de un *priísmo* que le acecha, gracias a su sólida estructura regional y municipal.

Sin embargo, en el caso de un consecutivo fracaso de aplicaciones de políticas económicas alternativas al neoliberalismo, más allá de la retórica discursiva, o bien una coyuntura económica especialmente crítica en los próximos meses, podría tener un doble efecto en la región. Por un lado, se podría generalizar el ascenso de candidatos populistas y por otro se podrían suceder los gobiernos presidenciales inestables e incapaces de acometer reformas estructurales, como consecuencia de la dispersión y fragmentación del voto.

En este sentido, ya podemos identificar una ola reciente de éxito creciente de candidatos políticos con un doble perfil característico: hombres independientes y con éxito en el mundo empresarial, que utilizan estrategias de *marketing* político con una alta rentabilidad social. Tal es el caso, por ejemplo, de Antonio Saca, empresario de telecomunicaciones que se convirtió en presidente de El Salvador, en el año 2004, sin ninguna experiencia política previa, gracias a una campaña de comunicación sin precedentes y con el apoyo de la estructura del tradicional partido conservador Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). Sin duda, también en Chile, es importante resaltar el caso de Sebastián Piñera, que precedido de un considerable éxito profesio-

nal en el mundo de las compañías aéreas se ha posicionado con fuerza en el interior del partido conservador chileno, Partido de la Renovación Nacional, desafiando al candidato «natural» Joaquín Lavín, augurando tanto unas internas como unas elecciones presidenciales competitivas y complejas.

Por último, en la región se identifican contextos rurales, pero también urbanos con altos niveles de politización social. Viejos actores sociales, como los sindicatos y las organizaciones campesinas, se han visto superados por nuevos actores sociopolíticos con importantes niveles de representatividad y capacidad de movilización social, con repertorios de acción colectiva fundamentalmente desestabilizadores. El movimiento indígena ecuatoriano y boliviano, los zapatistas en México, los piqueteros en Argentina, los sintierra en Brasil, y en general las redes continentales de oposición a los procesos de integración y desarrollo regional han participado, en la última década, en la vida política latinoamericana con un protagonismo sin precedentes.

En algunos casos, estos actores han participado de la vida política institucional, como en Ecuador, Brasil y Bolivia pero, en general, se suelen situar en los márgenes de la vida política formal adjudicándose un cierto papel auditor, desde una astuta autenticidad y neutralidad política. En este sentido, sería relevante analizar los procesos de negociación de los futuros candidatos presidenciales con estos actores sociales, nacionales y transnacionales, en la medida en que altos niveles de legitimidad sociopolítica son necesarios para poder acometer reformas legislativas y socioeconómicas urgentes en las sociedades latinoamericanas. Por ello, si los contextos de alta politización social no se encauzan a través de la negociación y la vida política institucional, bien porque se minusvalore el impacto de su repertorio de acción colectiva, bien porque se les niegue la participación en la vida política latinoamericana como actores legítimos, podrían sucederse episodios de inestabilidad política, con siempre relevantes efectos demostración entre países vecinos de la región.

Por todo ello, pareciera que estos tres elementos han de analizarse detalladamente para poder comprender los futuros resultados electorales de las contiendas presidenciales, junto al comportamiento y cultura política de cada país y las decisiones políticas y económicas cotidianas.